

Sr. D. Encarnación Reynoso.

" " José Soto.

" " Jesús Soto.

" " José Montoya.

" " José Recio.

" " Camilo Mireles.

" " Alfonso Trejo.

" " Marcelino Martínez.

" " Jesús Balvanera.

" " José Rodríguez.

El Niño D. Gregorio Guerrero.

" " " Francisco Corona.

" " " Felipe Ferrusca.

" " " Teódulo Velázquez.

" " " Teodoro Velázquez.

" " " Jesús Gutiérrez.

" " " Fernando González.

" " " Antonio Servín.

" " " Pedro Servín.

" " " Dimas Maldonado.

" " " Filiberto Morales.

" " " Andrés Almaráz.

" " " José Villaseñor.

" " " Salvador Yáñez.

Y veintiún alumnos del Seminario Conciliar.

Los niños del "Coro de S. Gregorio" de México, el Sochantre de la Colegiata Sr. D. Adrián Gutiérrez, el Organista de la misma, Sr. D. Jesús Padilla y los Sres. D. Luis Carmona y D. José del Carmen Maya, querehanos residentes actualmente en México, formaron parte del Coro.

SERMON PREDICADO

EN LA I. Y N. COLEGIATA DE

SANTA MARIA DE GUADALUPE

EL DIA 2 DE JULIO DE 1901,

CON MOTIVO

DE LA DECIMASEXTA PEREGRINACION

DE LA

DIOCESIS DE QUERETARO,

POR EL SR. PBRO.

D. Pedro Vera.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

QUERETARO.

IMPRESA DE LA ESCUELA DE ARTES.

1.^a DE SANTA CLARA NÚM. 7.

1901.



*In die illa erit fons patens domui
David et habitantibus Jerusalem.—
Zachariae, Cap. XIII, v. 1.*

En aquel día habrá una fuente
abierta para la casa de David y para
los habitantes de Jerusalén.—*Del Pro-
feta Zacarías, Cap. XIII, v. 1.*

Illmo. y Rmo. Señor,

Muy Ilustre y Venerable Cabildo:

† **Q**UÉ grata sorpresa experimentó la Sama-
ritana viniendo por agua al pozo de Jacob,
cuando supo de los labios de Jesucristo, que
había una agua muy superior á la que ella
buscaba, agua saludable y vivificante cuya
fuente mana hasta la vida eterna: *Fons aquae
salientis in vitam aeternam* (1)! Agua que de-
be apagar para siempre nuestra sed y dejar-
nos en paz y en una dicha perfectas: *Qui bi-
berit ex aqua quam ego dabo ei, non sitiet in*

(1) Joann., Cap. IV, v. 14.

aeternum (1)! No bien conoce y gusta esta agua deliciosa, cuando siente en sí misma sus divinos efectos y de pecadora se vé milagrosamente transformada en Apóstol, como dice San Gregorio Papa: *Quae advenerat peccatrix, revertitur predicatrix*. Mirad cómo la excita su entusiasmo hasta olvidarse del agua corporal porque venía: deja el cántaro en el pozo y ni aun piensa en llenarlo; deja á Jesucristo por Jesucristo mismo; entra con presteza á la ciudad y llama á todos para que vengan á gozar del bien tan grande que ha encontrado. ¡Con qué celo y fervor santo daría voces por las calles y plazas de Sichar, diciendo: Venid y veréis á un hombre que me ha dicho todo cuanto yo he hecho: *Venite et videte hominem, qui dixit mihi omnia quaecumque feci* (2)! El hecho fué que muchos samaritanos creyeron en Jesucristo, y decían á la mujer: «Ya no creemos por lo que tú has dicho; pues nosotros mismos le hemos oído, y hemos conocido que es verdaderamente el Salvador del mundo (3).»

¿No os parece, hermanos míos, que nuestra felicidad supera á la de esta venturosa mujer? Bajo las bóvedas de este santuario tenemos una fuente abierta, que mana sin cesar dicha para cuantos la buscan de verdad. Los sama-

(1) Joann., Cap. IV, v. 13.

(2) Joann., Cap. IV, v. 29.

(3) Joann., Cap. IV, v. 42.

ritanos gozaron sólo dos días de la presencia de Jesucristo; nuestra Nación hace cerca de cuatro siglos que disfruta de esta bendita fuente, y seguirá disfrutando hasta el fin, como lo esperamos de la infinita misericordia del Señor. Cuan justo es, por lo mismo, que «saltemos de gozo y entonemos himnos de alabanza; pues que se ha mostrado grande en medio de nosotros el Santo de Israel (1)» y que levantando la voz clamemos por el mundo con el Profeta: *Omnes sitiientes venite ad aquas* (2). Sedientos, venid todos á las aguas, apresuraos y sacaréis agua con gozo de la fuente milagrosa que brotó en el Tepeyac. Para excitar en nuestros corazones sentimientos de gratitud y deseo de aprovecharnos de ella, voy á manifestaros que: Por una singular misericordia del Señor la Santísima Virgen de Guadalupe ha querido ser para nosotros la fuente misteriosa anunciada por el Profeta.

¡Oh fuente amena y cristalina, que con sosegado é imperceptible curso riegas de continuo y fertilizas la iglesia Mexicana! Desvía á este miserable un pequeño arroyo, para poder manifestar como es debido á mis hermanos tus bondades. *Ave María*.

(1) Isai., Cap. XII, v. 6.

(2) Isai., Cap. LV, v. 1.

*In die illa erit fons patens domui
David et habitantibus Jerusalem.*

En aquel día habrá una fuente
abierta para la casa de David y para
los habitantes de Jerusalén.—*Profecía
de Zacarías, Cap. y v. ut supra.*

La fuente anunciada en estas palabras por el profeta Zacarías es Jesucristo, y el agua que de ella se deriva es la gracia que nos comunica por los sacramentos, según interpretan Teodoreto (1), San Gregorio Papa (2) y San Cipriano (3): sin embargo, también podemos entender por esa fuente á María, supuesto que, en sentir común de los Padres, ninguna gracia nos dispensa el Redentor si no pasa por sus manos benditas. Dios ha dispuesto, dice San Bernardo (4), que todo bien lo consigamos por medio de María: *Totum nos Deus habere voluit per Mariam.* «Mucho nos dañaron, dice el mismo Santo, un hombre y una mujer; pero gracias á Dios por un hombre y una mujer todo se restaura, no sin grande lucro de gracias. Podía, en efecto, bastarnos Cristo porque toda nuestra suficiencia de él procede; pero no era

(1) Apud Galatinum, Lib. IV, Cap. ult.

(2) Hom. XX, in Ezech.

(3) Tractat. De Passione Christi.

(4) D. Bern., In sermone de Aquaed.

bueno para nosotros que fuese un hombre sólo. Convenía más bien que uno y otro sexo interviniese en nuestra reparación. La misma mujer bendita entre las mujeres no aparecerá ociosa, pues tendrá su parte en esta reconciliación. Necesitábamos de un mediador para el medianero Cristo, y ninguno más á propósito que María. Ella, en efecto, se ha hecho toda para todos: ábreles el seno de su misericordia para que de su plenitud todos reciban, el cautivo la redención, el enfermo la salud, el triste consuelo, el pecador perdón, gracia el justo y alegría el ángel (1).» Superfluo sería, carísimos hermanos, traer á colación alguna otra autoridad, cuando el mismo Espíritu Santo pone en boca de María estas consoladoras palabras: «Quien me halláre, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación (2).» «En mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid a mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciáos de mis frutos (3). Bien podemos, por tanto, decir que María es para todos los cristianos fuente de vida y de gracia; mas, si es cierto que con nadie hizo lo que con nosotros, justo será confesar que de un modo muy especial es nuestra fuente de salud; porque decidme, ¿qué hubiera sido de Mé-

(1) Sermo de XII. Stellis.

(2) Prov., Cap. VIII, v. 35.

(3) Eccli., Cap. XXIV, v. 25 et 26.

xico sin Santa María de Guadalupe? No habría visto la luz, cuyos vívidos fulgores ya casi llegaban á los extremos del orbe; juguete de las furias infernales, hubiérase degradado hasta hacer que se desconociera enteramente la racionalidad de sus hijos; pero vino la corredentora de la humanidad, la llena de gracia, la Santa Madre de Dios y al tocar con sus benditas plantas este suelo, se disiparon las tinieblas de la idolatría, como al despuntar la aurora desaparece la oscuridad de la noche. «El pueblo que andaba entre tinieblas, vió una gran luz: amaneció el día á los que moraban en la sombría región de la muerte (1),» como canta la Iglesia en el oficio de Nuestra Madre Santísima. Paréceme que la miseria y desgracia de nuestros indios hirió el corazón de la Virgen sin mancha, llegando á sus oídos sus clamores, que dirían como en otro tiempo Sión: *Dereliquit me Dominus, et Dominus oblitus est mei* (2): «el Señor me ha abandonado, y se ha olvidado de mí el Señor», y sintiendo conmoverse sus entrañas maternas diría: «Pobrecilla, combatida tanto tiempo de la tempestad, privada de todo consuelo: mira, yo misma colocaré por orden las piedras, y te edificaré sobre zafiros, y haré de jaspe tus baluartes, y de piedras de relieve tus puertas, y de piedras

(1) Isai., Cap. IX, v. 2.

(2) Isai., Cap. XLIX, v. 14.

preciosas todos tus recintos. Tus hijos todos serán adoctrinados por el mismo Señor, y gozarán abundancia de paz. Y tendrás por cimientos la justicia: estarás segura de la opresión y no tendrás que temerla; y del espanto, el cual no tendrá lugar en tí (1).» Para convencersos de esta verdad os bastará comparar lo que era México antes de la Aparición con lo que fué después. ¡Qué cuadro tan horrendo el primero! ¡Qué apacible, qué encantador el segundo! Veréis en el primero al espíritu de las tinieblas ejerciendo su tiránico imperio en estas vastas regiones; desfigurada horriblemente la idea de Dios; olvidados por completo los principios rudimentarios de la moral; altares sin número humeando con la sangre de víctimas humanas; sacerdotes inclementes que osan arrancar el corazón aún vivo y palpitante del pecho de sus hermanos para ofrecerlo á los demonios..... En el segundo veréis una grande multitud de creyentes que humildes obedecen al jugo de la fe, recordando con la pureza y sencillez de sus costumbres el fervor de los tiempos apostólicos; innumerables templos en que diariamente se ofrece en expiación la víctima infinita; Colegios, Hospitales, Institutos de beneficencia y multitud de Conventos que llenan nuestro territorio con el perfume delicioso de la virtud..... ¿No véis cómo

(1) Isai., Cap. LIV, v. 11-14.

esa fuente del Tepeyac derramó á raudales las gracias sobre esta Nación? ¡Ay, hermanos míos, qué ingratos seríamos si desconociéramos tan grande dignación de la bendita Guadalupe!

Mas no sólo ha sido para nosotros la fuente de la fe y de la gracia, sino que con ella todos los bienes nos han venido, como decía Salomón de la Sabiduría (1); porque siempre ha enjugado nuestro llanto y escuchado nuestros clamores; por su valimiento ha hecho cesar las pestes, ha alejado las inundaciones, ha conservado nuestra autonomía nacional á pesar de sus múltiples y frecuentes peligros, y ¿quién podrá narrar todos los favores que en lo particular ha dispensado á los que aquí la buscan de verdad? Hasta hoy, hermanos míos, «no se ha oído decir que alguno recurriese á su protección y fuese desechado.» Profundamente convencido de esta verdad Nuestro Santísimo Padre León XIII, en su Breve del 2 de Agosto de 1894, nos ha exhortado «con gran benevolencia á que guardemos la devoción y amor á la benignísima Madre de Dios, invocada bajo el título de Guadalupe, como una insigne gloria y fuente inagotable de excelentísimos bienes», y los Padres del Concilio Quinto Mexicano encargan á los predicadores, que recuerden muy á menudo á los fieles la milagrosa Apa-

(1) Sap., Cap. VII, v. 11.

rición de la Santísima Virgen María de Guadalupe y los beneficios hechos por la misma á toda la nación y á cada uno en particular. También son dignas de notarse las palabras con que designa la Iglesia á Nuestra Madre Santísima en la sexta lección del nuevo oficio, llamándola: *praesentissimum adversus publicas privatasque calamitates praesidium*: eficazísimo remedio contra las calamidades públicas y privadas; por lo cual no juzgo temerario asegurar, que no es doctrina privada, sino sentencia de la Iglesia, la que afirma que la Santísima Virgen de Guadalupe es el conducto escogido por Dios para comunicarnos todo bien, ó como dije en mi proposición: la fuente misteriosa anunciada por el profeta Zacarias, en el sentido antes explicado.

Pero, ¿seguiremos disfrutando de este manantial divino, sin que jamás llegue á agotarse? ¿Podremos abrigar la dulce confianza de que sus beneficios no tendrán término? Es una verdad, confirmada por la experiencia, que las mismas causas en igualdad de circunstancias producen idénticos efectos. Ahora bien, la Santísima Virgen de Guadalupe ha sido para esta Nación origen de todo bien, en primer lugar, por el amor singular que nos ha tenido y en segundo por la esmerada correspondencia de nuestros padres á este amor. ¿Quién se atreverá á dudar que subsiste la primera causa? ¿Acaso no ha empeñado su palabra al piado-

so neófito Juan Diego de oír siempre nuestras plegarias? ¿Esta sagrada reliquia no es la garantía más firme de que sus beneficios se perpetuarán hasta el fin? La conservación de esta imagen celestial no es para simple testimonio de la bondad que Dios usó con nuestros padres, sino para prenda inefable de perpetuo amor. Por lo mismo, de nosotros depende el seguir recibiendo sus beneficios y nuestra suerte está en propias manos. Mil veces felices seremos si continuamos amándola y sirviéndola conforme al ejemplo que nos legaron nuestros mayores; pues Ella oirá siempre nuestras quejas y enjugará nuestras lágrimas. ¡Ay del mexicano que no sea Guadalupano! Carecerá de Madre que le ampare, de fuente que mitigue su sed de felicidad, de luz que alumbre sus vacilantes pasos por las tinieblas de este mundo.

MI ASUNTO ESTÁ CONCLUIDO, CARÍSIMOS HERMANOS; MAS NO CERRARÉ MIS LABIOS SIN RECORDAROS otra fuente de salud, que el Señor se ha dignado abrirnos á pesar de nuestra indignidad y que quizá para la mayor parte de nosotros, sea la última vez que podamos disfrutarla. Hablo del Jubileo del año santo, que Nuestro Santísimo Padre ha hecho extensivo á todo el mundo y está ya promulgado en nuestra diócesis. ¡Cuán dichosos somos! ¡qué ventura tan grande nos ha deparado la Providencia! Nos han llegado los días de gracia y bendición: el tiempo propicio y aceptable. El cielo va á de-

rramar sobre nosotros la abundancia de sus gracias: el Dios de las misericordias nos invita á beber en la fuente inagotable de su amor: el Padre de toda consolación nos tiende amorosamente sus brazos y nos atraé á su seno. Venid, nos dice por su Iglesia, venid á buscar el perdón, la gracia y el cielo que mi amor os ofrece. Para lucrar tan valioso tesoro ¿dónde mejor podríamos prepararnos que en este sagrado templo, á los piés de Nuestra dulce Madre y bajo su mirada encantadora? Si se lo pedimos, Ella nos alcanzará la gracia de reconciliarnos con su divino Hijo, mediante una buena confesión y una comunión grata á Dios, que son las principales condiciones para ganar el jubileo.

¡Santísima Madre de Dios y Madre nuestra! ¿Qué no podemos y debemos esperar de tu piedad, cuando tú misma has querido ser nuestra fuente de vida y de salud? Hasta el día del juicio comprenderemos cuántas misericordias, cuántos favores nos hiciste en aparecerte y perpetuarte en esta santa imagen, mostrándote siempre amorosa y tierna Madre de los mexicanos. Bendita seas mil veces por Dios, por los ángeles y los bienaventurados, y que nunca cesen de resonar tus alabanzas por el orbe.

Clementísima Madre, aquí tienes á tus hijos los Queretanos presididos por su amado Pastor: venimos á tributarte en los albores del siglo XX, el homenaje de gratitud, reverencia y

amor filial á ti debido como á Reina y Madre nuestra. Alcánzanos de tu Santísimo Hijo la fidelidad y constancia que nuestro padre nos ha dicho necesitamos, en medio de las pruebas terribles que empiezan á acrisolar la Iglesia Santa. También, si te place, líbranos del hambre y la miseria, enviando la lluvia sobre nuestros campos. Haz, Madre dulcísima, que ningún Queretano malogre la gracia del jubileo; pero, sobre todo, haz que el nuevo siglo no acuda á mitigar su sed en los aljibes rotos del mundo, que no pueden retener las aguas (1); sino en tí, fuente de eterna vida, fuente de gracia, de misericordia y de piedad.

A. M. D. G.



(1) Jerem , Cap. II, v. 13.